

## CAPITULO VII.

Eres tú, pues, el hijo de Tideo!  
La sangre del heroe tan honrado,  
Que en un cuerpo de pigmeo  
Tuvo corazon tan esforzado.

HOMERO. *Iliada.*

Hallándose Julian, ya que no solo, á lo menos en descanso por la primera vez en este dia fertil en tantos sucesos, se sentó en una silla vieja de encina cerca de una chimenea con enrejado, donde aun habia unas ascuas de carbon, y comenzó á reflexionar su situacion mi-

serable. Abatido por las inquietudes, y expuesto á mil peligros, tanto acordándose de su amor, y del afecto á su familia, como de los derechos de la amistad, todo le parecia semejante á la situacion del marinero rodeado por todas partes de escollos, y en el puente de un navio que no se deja ya gobernar por el timon.

Mientras que Peveril se abandonaba á un profundo sentimiento de que no podia librarse, su compañero de infortunio vino á sentarse al otro lado de la chimenea en una silla, y mirándole con seriedad, le obligó por fin, á fijar algun tanto su atencion en el ente singular tan ocupado en contemplarle.

Geoffrey Hudson, porque alguna vez nos dispensaremos añadir el monosilabo sir, que significa el grado de caballero, conferido á este por el rey como en chanza, y podria producir alguna equivocacion en nuestra historia, Geoffrey, digo, aunque era enano de la mas corta estatura, nada tenia de contrahecho en sus miembros, ni de imperfecto en su talla ni fisonomia. La cabeza grande, pies y manos largas, eran ciertamente desproporciones en

su cuerpo, y su talle era mas grueso de lo que piden las reglas de simetria. Pero el efecto que resultaba de todo esto era dar que reir sin causar disgusto. Si hubiese sido algun poco mas alto, se le habria tenido en su juventud por de buenas facciones; aun siendo viejo estaban muy marcadas y tenian expresion, de modo que la desproporcion entre la cabeza y el cuerpo era lo que las hacia parecer extrañas y singulares, efecto que aumentaban aun los bigotes que se habia dejado crecer hasta mezclarse con los cabellos canos.

El vestido de este raro personaje no estaba del todo libre de la inclinacion desgraciada, que tienen por lo comun los marcados por la naturaleza con alguna de formidad, á distinguirse, y por consiguiente á ridiculizarse, prefiriendo los colores vivos, y vestidos de una hechura particular y adornos que nadie lleva. Pero los galones del pobre Geoffrey Hudson y sus bordados, con todo lo demas de su elegancia, se habian deslustrado, manchado y usado con el aire atmosférico de la carcel, que habitaba desde que le acusaron por cómplice

en la conspiracion de los papistas. Este era el torbellino que todo lo arrastraba tras de sí, todo lo consumia; bastaba una acusacion hecha por la boca mas impura, para que sucumbiese aun el hombre de la reputacion mas bien fundada. Pronto se verá que habia en los discursos y opiniones de este desgraciado, cierta analogia con su gusto ridiculo en el vestir, porque lo mismo que la hechura y corte de su ropa ridiculizaban lo bueno de las telas y lo precioso de sus adornos, así tambien los brillos de su buen juicio y sentimientos honrados que se percibian, llegaban á ser ridiculeces por un tono de importancia que se daba, y por el temor que no podia vencer, de caer en desprecio por ser tan pequeño.

Despues que los dos compañeros de carcel se miraron un poco en silencio, el enano creyó que siendo el mas antiguo en el cuarto debia hacer los honores al nuevo huesped.

— ¡Caballero, le dijo suavizando el tono mas que la voz en tiple desagradable se lo permitia. Ya veo que vm. es hijo de un hombre que se llama como yo, de mi digno y antiguo amigo,

el bravo sir Geoffrey Peveril del Pico. Le aseguro á vm. que he visto á su padre en cierto paraje donde llovian los golpes mas que las onzas de oro, y para un hombre de estatura exagerada, que no tenia, como pensábamos los guerreros mas ágiles, algo de aquella ligereza y actividad que distingue á ciertos Caballeros de una forma un poco mas acerca, cumplia perfectamente sus obligaciones. Estoy muy gozoso de ver á su hijo, y, aunque sea por causa de una equivocacion, me alegro mucho que partamos este triste aposento.

Contentóse Julian con darle gracias por su cortesia, saludándole; pero habiendo Geoffrey roto la valla, entró á cuestionarle sin mas ceremonia.

— ¿Pienso que vm. no tiene destino en la corte?

Julian respondió que no.

— Ya me lo presumia yo; porque sin tener ahora empleo en casa del monarca, en su corte pasé mis primeros años, y en ella ocupé un puesto importante, y con todo eso cuando yo estaba en libertad, iba algunas veces al

levantarse el rey, como á ello estaba obligado, en razon de mis antiguos servicios, y habia contraido el hábito de observar en algun modo á los cortesanos que habia, á los buenos talentos escogidos, entre quienes se me contaba en otro tiempo. Sin tratar de hacerle una galanteria, Señor Peveril, puedo decirle que tiene una cara notable, aunque es vm. un poco grande como su padre; y creo que, si le hubiera visto en alguna parte, hubiera sido difícil que yo no le conociese.

Julian pensó que habria podido hacerle en segura conciencia igual cumplido; pero se ciñó á decirle que apenas habia visto la corte de Inglaterra.

— ¡Tanto peor! Es muy difícil que se forme un joven sin frecuentarla. Pero, tal vez se habrá vm. instruido en una escuela mas penosa? ¿Vm. ha servido sin duda....?

— A mi Criador, me parece, dijo Julian.

— Vm. no me entiende; yo hablo á la francesa. Quiero decir que ha sido vm. soldado.

— No he tenido aun esta honra.

— ¡Qué! ¡ni cortesano ni militar, Señor

Peveril! Su padre de vm. es reprehensible. Sí, por vida mia, es reprehensible, señor Peveril.

— ¡Cómo puede darse á conocer un hombre, distinguirse, sino por su conducta en paz y en guerra? Digole á vm., caballero, que en Newberry donde cargaba á la cabeza de mi compañía al lado del príncipe Ruperto, cuando, segun puede vm. haberlo oido decir, ambos fuimos vencidos por esos pícaros milicianos de Londres, hicimos cuanto podian hacer hombres, y creo que por tres ó cuatro minutos, despues de la derrota de los nuestros, su alteza y yo echamos abajo sus largas picas á cuchilladas; yo pienso ademas que los hubiéramos batido si no hubiese tenido un gran béruto de caballo zancas largas y una espada corta demas. En una palabra, nos vimos por fin obligados á volver grupa, y entonces, como iba á decirlo, los pícaros se alegraron tanto verse libres de nosotros, que comenzaron á dar gritos de contento: — He aquí el príncipe Robin y el gallo Robin que se marchan.... Sí, sí, no habia uno de esos tunantes que no me hubiese conocido bien; pero aquellos tiempos ya pa-

saron. ¿Y, donde le han educado á vm., joven?

— En casa de la condesa de Derby.

— ¡Dama muy respetable, á fe de gentil-hombre! He conocido á la noble condesa, cuando yo hacia parte de la casa de mi real señora Enriqueta Maria. Era el modelo de lo mas noble, leal y amable. Era una de quince bellezas de la corte á quien permitia yo me llamase *Piccoluomini*\*, chanzoneta insulsa, alusiva á mi estatura que no era de las mas altas, la que, aun en mi juventud, me ha distinguido siempre del comun de los hombres. Hoy, la edad encorvándome me ha hecho perder algo, pero las damas siempre tenian gusto de chancearse conmigo. Puede ser que algunas hayan tenido cuidado de indemnizarme, no importa donde ni como, eso es lo que nunca le diré yo á vm., joven. Pero lo que caracteriza de bien nacido á un hombre es servir á las damas, y prestarse á sus fantasias, aun cuando se tomen demasiada libertad.

\* Nombre de un general. y palabra italiana que descompuesta dice hombrecito. — Ed.

Por muy abatido que se sintiese Peveril, apenas podia dejar de sonreirse mirando al pigmeo que le contaba sus historias con tanto agrado, y parecia dispuesto á servirse á sí propio de héroe, para proclamarse un modelo verdadero de galanteria y valor, aunque las armas y el amor pareciesen dos profesiones enteramente contrarias á sus facciones arrugadas y marchitas. Tenia sin embargo Julian un deseo tal de evitar todo motivo de disgusto á su nuevo compañero, que procuró darle gusto respondiéndole que sin disputa un hombre educado en las cortes y campos de batalla, como sir Geoffrey Hudson, sabia exactamente cuales eran las libertades que podia permitir y las que debia reprimir.

El caballerito saltó con mucha viveza de su silla, se puso á llevarla á rastra no sin trabajo, al otro lado de la chimenea cerca de la de Julian, en señal de una cordialidad siempre en aumento, y habiéndolo conseguido, continuó en estos términos:

— Tiene vm. razon, señor Peveril, y yo he dado pruebas de ello en ambos casos. Sí, se-

ñor, mi real señora Enriqueta Maria no tenia nada que pedirme que yo no estuviese pronto á ejecutar por complacerla; yo era servidor suyo á toda prueba, señor mio, tanto en la guerra como en una fiesta, tanto en batalla formada como en un banquete. A petición de Su Magestad condescendí una vez, caballero (vm. ya sabe que las mugeres tienen antojos extraños), condescendi, digo, á morar por cierto tiempo en lo interior de un pastel.

— ¡De un pastel! exclamó Julian algo sorprendido.

— ¡Sí, señor. ¡ Pienso que vm. no hallará nada de risible en mi condescendencia!

— No, señor; le aseguro vm. que no estoy ahora dispuesto para reir.

— Lo mismo me sucedió á mi cuando me vi preso en un pastelón de un tamaño poco ordinario, como puede vm. creer, pues que ni podía tenderme á la larga, y que me vi sepultado cierto modo entre paredes de cortezas gruesas y cubierto con una enorme tapa de pastelería de bastante dimension para escribir el epitafio de un oficial general ó de un arzobispo.

Caballero, aunque se tomaron las precauciones necesarias para darme respiracion, me parecia mucho á un enterrado en vida.

— Lo concibo, caballero.

— Por otra parte, señor mio, pocas personas estaban en el secreto, porque era una chanza imaginada por la reina para su diversion, y por contribuir á ella me hubiera metido en una cáscara de nuez, si hubiera sido posible. Pues, como decia, poco sabian el secreto, y habia que temer algunos accidentes. Pensaba yo, cuando me hallaba en esta especie de tumba, lo muy posible que era me dejara caer algun criado poco diestro, como vi que sucedió con un pastel de caza. O que algun convidado hambriento no anticipara el momento de mi resurreccion, metiendo un cuchillo en la corteza. Y aunque tenia mis armas conmigo, joven, porque no las dejo en ninguna circunstancia peligrosa, si alguna mano temeraria se hubiese avanzado demasiado hácia las entrañas del pastel, mi espada y mi puñal hubieran podido vengarme ciertamente, pero no prevenir esta catástrofe.